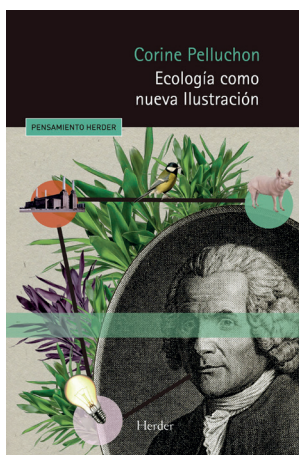


Ecología como nueva Ilustración.

CORINE PELLUCHON.

*Editorial Herder, Barcelona 2020,
pp. 352.*



Al abrir este libro, uno podría preguntarse a qué responde. En este caso, cabría entender que responde a un hecho: la promesa de la Ilustración, aquel viejo sueño de que la razón nos haría libres y nos permitiría tomar el destino en nuestras manos, aún no se ha cumplido. ¿Por qué es una promesa incumplida? Porque ha fracasado el proyecto original de la Ilustración, tras los innumerables desastres que no pudo detener: Auschwitz, Hiroshima, los distintos totalitarismos, la crisis ecológica, la destrucción de la naturaleza y la explotación animal evidencian en conjunto este fracaso. ¿Pero cómo la promoción de la razón nos llevó a este escenario? ¿Y es aún posible, sin caer en el irracionalismo, abogar por “más

razón”? A esta segunda pregunta la autora dice: sí.

Desde luego, no es Corine Pelluchon la menos indicada para abordar estos problemas: se trata de una autora fundamental en lo referente a asuntos de ética aplicada, ecologismo y animalismo. Ética, ecologismo y animalismo que retornan cual *leitmotiv* constante en la reflexión de este libro, con una profundidad sistemática

significativa, preparada por no pocos desarrollos anteriores de las ideas de la autora en otros libros, como *Manifiesto animalista. Politizar la causa animal* o *Ética de la consideración*. Por no hablar de su pericia, como doctora en Filosofía por la Universidad de París-Sorbona, para sacar provecho de sus referencias a los más diversos pensamientos filosóficos.

Con todo, ya dijimos que el libro parte de un anhelo frustrado. El proyecto ilustrado quiso ver en la racionalidad una herramienta de emancipación para que los individuos constituyeran sociedades más justas y beneficiosas. Pero el primer esfuerzo de dicha racionalidad por la emancipación se frustró conforme la razón se redujo a mero instrumento de dominación de lo real: esta razón, lejos de toda objetividad universal (a la vez que de toda moral), queda al servicio del rendimiento y la eficacia, y por extensión de los intereses egoístas de los individuos. E irónicamente, en este movimiento, son los propios individuos los que van quedando deshumanizados. Vacíos y tiranizados, solamente buscan su propia conservación y no entiende sus lazos con los demás seres. El resto del primer capítulo del libro, “Razón y dominación”, pretende precisamente ahondar en esta contingente, pero de hecho dada, alianza entre una razón instrumental extraviada y la dominación de la naturaleza y los otros, alianza cuyo epicentro está en aquella Ilustración que se invirtió en barbarie.

Mas ¿es éste el callejón sin salida de la razón? ¿La razón conduce por necesidad aquí? Para nada. La autora, al final de este primer capítulo, sugiere combatir esta razón extraviada con más razón, recuperando los ideales ilustrados (ya se sabe, libertad, igualdad, justicia, etc.) para guiarlos por sendas mejores. Frente a tal razón instrumental y sus oscuras derivas, se propone una Ilustración en la «edad de lo viviente» donde el respeto por el resto de vivientes está unido a la atención hacia los derechos de las generaciones futuras y de otras culturas y especies por disfrutar de un planeta sano. Y todo ello en la medida en que el ser humano reconoce su vulnerabilidad como ser carnal, mortal y con límites biofísicos. Desde ahí, se le abriría la vía de responsabilizarse y compadecerse de otros seres que participan de la misma vulnerabilidad, y que en tal sentido merecen el tratamiento de sujetos.

Ilustración y Anti-Ilustración

El libro, en cuanto procura mantener un equilibrio tan difícil, exige cierto funambulismo teórico (no lo decimos a modo de burla). Parte de este equilibrio se relaciona con la distinción entre Ilustración y «Anti-Ilustración»: si la primera cree en la posibilidad de una autonomía más allá del *statu quo*, y en cierta indeterminación que permitiría a los individuos y comunidades humanas tomar decisiones diversas,

la segunda ve en unas esencias prefijadas y fatales la razón desde la cual imponer a los individuos unas normas que no han surgido de los propios individuos, los cuales se diluyen en su comunidad o su nación.

Por otra parte, la autora distingue la vieja gloria de la Ilustración de una más nueva Ilustración. Porque, curiosamente, la antedicha vieja gloria devino con el tiempo su opuesto. Y si pudo llegarse hasta aquí, nos dice Pelluchon, ello se debería a dos errores en esta primera navegación de la racionalidad ilustrada: 1) la ruptura de lo real en dos pedazos, que da origen a tantos dualismos (civilización/naturaleza, alma/cuerpo, yo/mundo, etc.). “En primer lugar, la civilización se ha escindido de la naturaleza. Al pensar un proceso civilizacional que pasa por la desgarradura de la naturaleza y su sometimiento, Occidente abría un ciclo maldito que implicaba la explotación de los otros, humanos y no humanos, y la represión por el sujeto de su vida emocional y de sus instintos” (pp. 308-309). Y 2) la idea de que la conciencia individual de cada uno es la norma de la verdad, lo cual paradójicamente aleja al sujeto de la verdad como aquello universal desde lo cual nace la moral, y subordina la razón a la utilidad y al cálculo cosificador. Tal es la «doble amputación de la razón» de la que Pelluchon nos habla.

Pese a todo, el fin de la vieja Ilustración no impide que la autora proponga una Ilustración en la edad de la viviente, que desarrolla en mayor medida en el segundo capítulo del libro, “La ilustración y lo viviente”. En este capítulo, junto al anterior, un lector atento puede notar que la propuesta de Pelluchon de esta nueva Ilustración se va articulando en base a un utillaje de conceptos clave que luego se recuperan para abordar cuestiones muy diversas. Como ejemplos de tales conceptos cabría mencionar: «consideración», «transcendencia», «emancipación», «vulnerabilidad», etc.

Dicho esto, el concepto irremplazable para distinguir entre una vieja y una nueva Ilustración es el de «Esquema». Por él la autora entiende, en este segundo capítulo, “el conjunto de representaciones y decisiones” de todo tipo “que forman la matriz de una sociedad y organizan las relaciones de producción, asignan un valor” a actividades y objetos y penetran “en el espíritu de las personas, condicionando su comportamiento y colonizando los imaginarios” (p. 106). Aunque el término de Esquema lo toma prestado de Gilbert Simondon, la autora lo resignifica, aludiendo a aspectos antropológicos (cultura, ideología) a la vez que socioeconómicos.

La idea que atraviesa todo el libro es que el *Esquema* actual es el de «dominación», cuya relación de producción subsume el valor de los objetos y seres a su rentabilidad, consumiéndolos hasta agotar su valor. En tal Esquema, la alteridad no suscita compasión ni consideración, ni hay espacio para el espíritu crítico. Para *emanciparnos* de este Esquema, este segundo capítulo propone realizar una «*epojé* civilizacional» (p. 100), término fenomenológico que apunta a la idea de suspender las costumbres y creencias presupuestas para valorar qué contienen de verdad. Así,

se pasaría del *Esquema de dominación* al «Esquema de la consideración», como primer gran paso hacia otro modo de hacer: “La Ilustración en la edad de lo viviente ambiciona precisamente reconciliar la razón con la naturaleza [...]. Es a la vez crítica y constructiva, ya que la *epokhé* civilizacional se abre a un nuevo racionalismo y a una filosofía de la existencia que pueden servir de base a un proyecto de emancipación individual y colectiva” (p. 309).

La *consideración* supone cambiar nuestra racionalidad, nuestra manera de pensar y nuestra perspectiva: si la dominación, como “actitud global”, “designa una relación con el mundo, con los otros y con uno mismo, y arraiga en la ocultación de nuestra vulnerabilidad común”, lo contrario de esta dominación “es la consideración, que es también una actitud global, pero que manifiesta una cierta cualidad de presencia en sí mismo y en los otros, que dispone al sujeto a dejarles espacio y a cuidar de ellos” (nota 25, pp. 32-33). A su vez, la consideración “supone tanto un movimiento de subjetivación como una expansión del sujeto que se hace consciente de su pertenencia al mundo común” (pp. 36-37). Ello supone cambios, individuales y colectivos, en nuestra cultura e imaginario, que quedarían incompletos si no se acompañaran de una necesaria transición ecológica, la cual se basaría en cuatro fundamentos: preservar el medioambiente, preocuparnos por la salud de nuestros contemporáneos y las generaciones futuras, defender la justicia social y respetar a los animales.

Fenomenología de lo viviente

Continuando con este segundo capítulo, la autora recurre a la fenomenología y al darwinismo como fundamentos sólidos del propuesto *Esquema de consideración*, que integra a la vez aspectos ecológicos, humanistas y animalistas. Desde estos fundamentos, la autora reconocerá la diversidad y heterogeneidad de lo que existe, negando también así toda pretensión de teleología y antropocentrismo.

En la fenomenología, tal diversidad parte de “volver a las cosas mismas” (según la fórmula de Husserl en las *Investigaciones lógicas*) para liberar a la mente de su dimensión objetivante. La conciencia intencional es una suerte de acceso concreto a un mundo que, en total, presenta muchas otras vías muy diversas de acceso, por parte de agentes igualmente diversos. Frente a una racionalidad en exclusiva objetivante (que lo objetualiza y somete todo a medida), la fenomenología permite meditar sobre los agentes que experimentan las vivencias. Todo ser viviente accede al mundo: “la existencia no está reservada a los humanos” (p. 85). Se puede así considerar la perspectiva animal, que en tanto viviente cuenta con su propia perspectiva y su propio “mundo”.

A esta diversidad heterogénea de accesos al mundo también llega Darwin en tanto que para él los animales, sometidos a los ecosistemas cambiantes y a una “lucha” por la supervivencia, parten del mismo mundo que nosotros, lo cual debería generarnos empatía hacia ellos y conducirnos a *descentrarnos* como especie, conceptual y prácticamente, para asumir *responsabilidad* frente a otras formas de vida.

Fenomenología y evolución contribuyen a asentar una misma idea: existe un *mundo común*. Ya sea desde la *intersubjetividad*, porque el distinto acceso al mundo de humanos y animales conduce a un escenario convergente en el mundo común, ya sea descubriendo un esfuerzo y una lucha común de lo viviente por sobrevivir. Lo cual debería llevarnos a conceder derechos al resto de lo viviente, reformulando de forma profunda los derechos humanos de forma no antropocéntrica, asunto con el cual concluye el segundo capítulo.

Emancipación y autonomía

Una vez hemos establecido que se debería hacer la transición desde un Esquema de dominación a uno de consideración, hay que descubrir nuestros condicionamientos ideológicos, prácticos y afectivos. A esto se dedica el tercer capítulo, “La autonomía recuperada”. Transición que debe darse tanto desde el sujeto individual como desde una transición colectiva activa, sin la cual la transformación individual podría resultar insuficiente. Este movimiento Pelluchon lo llama autonomía: la actitud de poner en duda todo cuanto oprime mediante jerarquías y prejuicios la iniciativa subjetiva, para dejarla fuera de estos sistemas de opresión.

Tal puesta en duda del sistema condicionante que impone formas de afectividad al individuo, con el fin alcanzar una organización social nueva y más inclusiva, Pelluchon la denomina *epojé* civilizacional, como condición y resultado a la vez de la autonomía, pues debemos mantener tal actitud crítica tanto frente a sistemas opresivos como en una sociedad sana como medida saludable para prevenir fanatismos e ideologías. Puesto que estas actitudes fanáticas, al fin y al cabo, no han desaparecido, nos corresponde educar nuestro imaginario sin por ello descuidar tampoco nuestra dimensión inconsciente (recogiendo la lección de Freud).

Aquí el reto está en localizar los condicionamientos de nuestra acción, viendo si en efecto hay algo externo a nosotros que nos someta a un *étos* específico. Si no es así, tendremos una ética autónoma que reconoce el valor intrínseco de la libertad y el propio deseo frente a injerencias del exterior. En caso contrario, tendremos una ética heterónoma que no reconoce el valor intrínseco de la libertad y entiende que la obligación moral se impone desde “fuera” del individuo por las necesidades y aspiraciones de algo exterior.

Una vez esto se da, el camino de la autonomía pasa por dos momentos: un momento negativo de emancipación y un momento positivo de afirmación. El primero designa una “desgarradura consecutiva a una crisis que saca a la luz el carácter insoportable e injusto de una situación” (p. 133). El segundo designa la afirmación del sujeto de su poder de acción más allá del marco opresivo: “se trata de una autonomía recuperada [...] que refleja un ensanchamiento de la subjetividad y una apertura al mundo común” (p. 133). De forma que el sujeto emancipado con el tiempo se vuelve capaz de proponer su propio proyecto social, conduciendo a la autonormatividad, la invención de nuevas normas y el emprendimiento de los sujetos de iniciativas propias. Si pretendemos dirigirnos a una Esquema de consideración, nuestra autonomía debe guiarnos a la *transdescendencia* (trascendencia dentro de la inmanencia), como sentimiento de pertenencia al mundo común y vínculo con los demás seres vivos, en tanto que es lo que realizaría la individuación de un sujeto más autónomo, libre y creativo dentro de tal Esquema.

¿Pero hay algún tipo de iniciativa que ya esté siguiendo esa dirección? Pelluchon piensa que sí, en algunos hombres de campo. Si en el Esquema de dominación los hombres de campo se han entendido como individuos atrasados que no contribuyen al desarrollo de la sociedad, y se les ha forzado a huir del campo o bien a adoptar un modelo productivista de agricultura, ahora, en vista de los retos ecológicos y las fallas en el actual Esquema, el conocimiento y saber de estos agricultores se vuelven fundamentales para la transición ecológica. Desde su trabajo, que tiende cada vez más a modelos alternativos de agricultura, queda ilustrado qué pueda ser una autonomía reencontrada: “Efectivamente, trabajar la tierra con respeto, preservándola, cuidar de los animales y del paisaje, estar atento a la calidad de los productos, [...] son cualidades que convierten a los hombres del campo [...] en pioneros de la Ilustración en la edad de lo viviente” (p. 162).

Democracia, tecnología y Europa: implicaciones del sistema de Pelluchon

En estos tres primeros capítulos se contiene fundamentalmente el sistema teórico-conceptual que la autora aplicará en lo restante del libro. Aunque ya en los primeros capítulos aborda cómo su sistema puede aplicarse a según qué cuestiones, tales como los derechos humanos, la situación de los hombres de campo, la redefinición del trabajo y la educación, etc., son los capítulos cuarto, quinto y sexto los que se sienten en la lectura ya propiamente como una consecuencia natural de lo que ya se ha dicho.

Así, en el capítulo cuarto, “El proyecto de una sociedad democrática y ecológica”, tras haber reconocido la diversidad de accesos vivenciales al mundo común, se defiende una democracia definida por un pluralismo donde hay una deliberación entre opiniones en conflicto. Una democracia donde la ecología es, más que una inquietud añadida, una preocupación constituyente de la misma, y una democracia que, en tanto reconoce esa diversidad de accesos al mundo, se descentra y abandona sus presupuestos antropocéntricos. Otras cuestiones tienen cabida en el capítulo, como el conflicto entre la nueva Ilustración y el neoliberalismo o las diferencias entre cambio de Esquema y revolución.

En el capítulo quinto, “Técnica y mundo común”, se reconoce que la técnica es parte de nuestra existencia y nuestras vivencias, que sin duda condiciona. Superando así el dualismo entre técnica y cultura, al incorporarla a la vivencia, puede uno oponerse a la autonomización de la técnica en un Esquema de dominación que hace un uso inhumano de medios desproporcionados e inhumanos (piénsese en la bomba atómica). Algunos temas de actualidad que el capítulo también aborda son el transhumanismo (como forma de anti-Ilustración), la cuestión de las tecnologías digitales y el asunto relacionado de las teorías de la conspiración en la sociedad actual.

En el capítulo sexto, “Europa como herencia y como promesa”, Pelluchon finalmente ve en Europa un sentido filosófico que conviene rescatar. El mensaje asociado a la herencia europea, como recuerda Patocka, tiene que ver con la figura socrática cuyo ideal de vida es la libertad de pensamiento. Se posibilita así una actitud librepensadora que a la larga podría permitir afirmar el poder de acción del sujeto individual y convivir en una sociedad en permanente diálogo abierto. Tal y como desde uno mismo la libre acción resulta posible, también desde uno mismo la nueva Ilustración nace y se extiende. Y si aceptamos esta potencial difusión silenciosa de la nueva Ilustración, que podría imponerse sin imponer nada, Pelluchon vería aquí una ocasión de reinención para la Unión Europea, modificando profundamente sus compromisos desde la nueva Ilustración, que sin embargo la dota de una vitalidad renovada en vista de que hoy permanece en crisis. A la vez, supone tomar en serio de verdad el ideal cosmopolita europeo, en sintonía con una consideración que reconoce el valor de las otras culturas, entendiendo que la hospitalidad es una extensión natural del hecho de que vivir es vivir con los otros. Todas estas cuestiones evidencian cómo el sistema de Pelluchon no se queda en una mera especulación teórica, y se muestra capaz de hacer frente a algunas de las cuestiones prácticas más acuciantes de nuestro tiempo.

Raúl López Hernández
y Mauricio Aztor Ramírez